

El soldado que llevaba el farol, lo levantó en dirección de aquella voz.

Mala hora es ésta para viajar, muchacho, dijo el oficial. ¿Vas lejos?

—¡Oh!, no señor; no lejos, aquí muy cerca... —respondió Jack, que no tenía ganas de contar su escapatoria.

—Pues entonces, podremos ir juntos un rato... Yo voy hasta Charenton.

¡Qué felicidad para el niño el caminar durante una hora en compañía de aquellos buenos soldados, arreglar su paso al de ellos y andar protegido por la luz del farol bienhechor que ahuyentaba las tinieblas, haciéndolas aparecer más espesas y más terribles! Iba ganando, también, el haber sabido que iba por buen camino, porque los nombres de los pueblecitos que oía, eran los mismos de que le hablara Agustín.

Ya estamos en casa nosotros, dijo de pronto el oficial, retirándose. ¡Vaya, buenas noches, muchacho!... Te aconsejo que otra vez, no te atrevas á andar solo por estos caminos á estas horas. Las afueras de París no son seguras.

Y los dos militares, con su farol, se metieron por una callejuela, dejando á Jack solo otra vez, á la entrada de la calle Mayor de Charenton.

Allí encontró de nuevo faroles como los de Bercy; las tabernas, de donde salían canciones de borracho, disputas brutales que la pesadez del sueño hacía más brutales todavía. Las nueve daban allá en el reloj de una iglesia, detrás de la cual se levantaban barriadas de casas y de jardines. En seguida se encontró á la entrada de un muelle, atravesó un puente que le pare-

cia tendido sobre un abismo; tan oscura estaba la noche. Hubiera querido detenerse, apoyarse un momento en el parapeto, pero las canciones de poco antes, dispersas ahora por las calles, se acercaban, y ahuyentado por un nuevo terror, el pobre niño echó á correr hacia el campo, donde por lo menos el miedo tomaba aspectos de sueño.

Aquí ya no eran las afueras de París con sus campos sembrados de fábricas y talleres. Pasaba por delante de granjas, de establos, de donde salía un olor de paja caliente y á ganado. Luego, el camino se ensanchaba, volvía á presentar sus cunetas interminables, sus montecillos de piedras simétricamente alineados y sus mojones bajos, que sirven para que mida la distancia el cansado paso de los viajeros.

Aquel silencio que resbalaba por el espacio, aquella muerte de todo movimiento, hacía al niño la ilusión de un inmenso sueño, y temía oír cerca de él el ronquido que tanto le había asustado allí junto aquel otro montón de piedras. Hasta el ligero ruido de sus pasos le asustaba; á veces se volvía de repente...

La luz de París seguía alumbrando el horizonte. A lo lejos se oía el rechinar de unas ruedas y el campanileo de unos cascabeles. El niño se decía: "Espéremos," pero nada pasaba; aquel carro invisible cuyas ruedas parecen andar trabajosamente, se hunde allá en un punto lejano del horizonte, vuelve, se calla, se despierta en las caprichosas revueltas de algún camino difícil, y no se decide nunca á presentarse.

Jack continúa su marcha... ¿Quién es aquel hombre que lo espera de pie en la revuelta del camino?... Un hombre, dos, tres... Son árboles que tiemblan



con todas sus hojas, sin doblegar el tronco; olmos, viejos olmos de Francia, de troncos caprichosos, tupidos, inmensos, retorcidos; y Jack sigue andando, rodeado de naturaleza, envuelto en el gran misterio de las noches de primavera, en las cuales parece que se oye crecer la hierba y entreabrirse los brotes y agrietarse la tierra para dar salida á las simientes. Todos esos ruidos confusos le asustaban.

—¡Cantaré para darme ánimo!

En medio de la obscuridad se le vino á la memoria una canción nocturna, una canción de Turena, con la cual le dormía su madre en otro tiempo, en su alcobita después de apagar la luz.

Las notas temblaban en el aire fino, y daba lástima oír aquel miedo de niño caminando por la carretera oscura y sirviéndose de la canción para guiarse como si fuera un alambre conductor, temblón y sonoro.... De pronto, dejó de cantar.

Una cosa terrible se acercaba; un amontonamiento más negro que el espacio, como si las tinieblas más lejanas se acercasen para tragarse al niño.

Antes de ver nada, de distinguir nada, lo oyó.

Al principio fueron gritos humanos mal articulados, que parecían sollozos ó aullidos; luego golpes sordos, mezclados al tumulto de una arriada, de un chubasco de tormenta, que se acercaba á él como llevado por aquella lúgubre avalancha. De pronto resonó un mugido horrible. Bueyes, ¡son bueyes!; una boyada numerosa, apretada entre las dos cunetas del camino, que envuelve al pobre Jack, lo tumba, lo derriba. Siente el húmedo resoplido de los hocicos, el latigazo de las vigorosas colas, el calor de las robustas grupas, todo un

olor á establo tumultuosamente revuelto. La boyada pasó como una tromba, guardada por dos perrazos enormes y por dos zagalotes, mitad pastores, mitad carniceiros, que corren detrás de las reses indisciplinadas, arreándolas con sus latigazos y con sus gritos.

Detrás de ellos el niño permanece estúpido de terror. No se atreve á dar un paso. Aquellos han pasado, pero tal vez se acercan otros. ¿Dónde ir? ¿Dónde meterse? ¿Tomar á campo-traviesa?.... Se perdería, y además ¡estaba tan oscuro! Lloro, cae de rodillas, quisiera morir allí mismo. El rodar de un carruaje, dos faroles encendidos que ve desde lejos venir por la carretera, como dos miradas amigas, lo reaniman de pronto. Excitado por el miedo grita:

—¡Señor!.... ¡Señor!....

El carruaje se ha detenido y de debajo de la capota sale una gorra de piel con orejas, que se inclina para ver á quién quede pertenecer aquella voz tímida que sube desde tan bajo, desde el mismo suelo.

—Estoy muy cansado, dice Jack temblando. ¿Quiere usted dejarme que suba un poco en su coche?

La gorra de pieles oscila, pero desde el interior del carruaje una voz de mujer acude en auxilio del niño: “¡Oh, pobrecillo!... ¡Déjalo entrar!..”

—¿Dónde vas? preguntó la joven.

El niño titubea un momento; como todos los fugitivos que temen ser perseguidos, oculta cuidadosamente el término de su viaje.

—A Villanueva de San Jorge, respondió al fin.

—Bueno, pues sube.

Ahí lo tenéis en el coche, arropado con una manta de viaje, entre un señor gordo y una robusta señora, que



miran á la luz de los faroles del carruaje, con una gran curiosidad, á aquel colegialillo recogido en mitad del camino. ¡Dios mío! ¿dónde va tan tarde y sólo? Jack tenía muchas ganas de decir la verdad. Hay, cuando se está cerca de las buenas gentes, gran tendencia á hacer confidencias. Pero no. Tiene demasiado miedo de que lo vuelvan á llevar á Moronval. Entonces contó una historia... Su madre estaba muy enferma en el campo, en casa de unos amigos... Se lo dijeron aquella noche y se puso en camino inmediatamente, á pie, porque no tenía paciencia para esperar el tren del día siguiente.

—Lo comprendo, dice la señora, que parece una persona buena y cándida; y la gorra de pieles también lo comprende. Pero hace observaciones llenas de prudencia sobre los peligros que hay para un niño en caminar á semejante hora por la carretera. Esos peligros son de todo género, y la gorra de pieles, con tono de doctrina, se complace en irlos enumerando uno á uno á su nuevo amiguito; después de lo cual le pregunta que en qué sitio de Villanueva viven los amigos de su madre.

—A lo último del pueblo, responde Jack con viveza. La última casa á la derecha.

Por fortuna es de noche, y su rubor puede ocultarse á la sombra de la capota del carruaje. Desgraciadamente no había terminado el interrogatorio. El marido y la mujer son muy charlatanes y curiosos, como todos esos habladores con quienes no se puede estar cinco minutos sin enterarse de todas sus cosas. Son comerciantes de paño de la calle de Bordonnais, que todos los sábados se van al campo á evaporar en una buena casita de su propiedad, el aire pesado, el polvo incómodo de su comercio; un buen comercio que les permitirá pronto re-

tirarse del todo á su rinconcito de Soisy-sous-Etiolles.

—¿Está eso muy lejos de Etiolles? preguntó Jack temblando.

—¡Oh! no... está tocando, responde la gorra de pieles dando un amistoso fustazo á su caballo.

¡Qué fatalidad!

Si no hubiera mentido, si hubiese simplemente confesado que iba á Etiolles, no tendría más que seguir su camino en aquel coche cómodo que rodaba tan tranquilamente por un camino, iluminado por sus dos faroles. No hubiera tenido más que dejarse mecer de todo el bienestar que sentía, estirar sus piernecitas entumidas y dormirse recostado en el hombro de la señora, la cual le preguntaba á cada momento si iba bien y si estaba abrigado. Además, la gorra de pieles había destapado un frasco de una cosa fuerte y le hizo beber un trago para reanimarle.

¡Ah! Si hallara valor para decirles: "No es verdad... He mentido... No tengo nada que hacer en Villanueva... Voy más lejos... ¡precisamente al mismo sitio donde ustedes van!" Pero era exponerse al desprecio, á la desconfianza de aquellas gentes tan buenas, tan francas, y prefería á eso caer de nuevo en todos los horrores de los cuales le había sacado. Sin embargo, cuando les oyó decir que llegaban á Villanueva, el niño no pudo reprimir un sollozo.

—No llores, hijo mío, le decía la señora. Tal vez tu mamá no esté tan mala como tú te figuras, y el verte le hará mucho bien.

Al llegar á la última casa de Villanueva, el coche se detuvo.

—Aquí es, dijo Jack muy emocionado.



La mujer le dió un beso y el marido le apretó la mano y le ayudó á bajarse.

—¡ Ah! ¡ Dichoso tú que has llegado; á nosotros nos faltan todavía cuatro leguas largas!

¡ Y él también tenía que andar aquellas cuatro leguas largas!

Era terrible.

El niño se acercó á la verja de una casa como si fuera á llamar.

—¡ Vaya, buenas noches! le gritaron sus amigos.

El contestó buenas noches con voz ahogada por las lágrimas; y el coche, dejando la carretera de Lyon, tomó á la derecha por un camino con árboles á un lado y otro, dibujando con sus faroles un gran circuito luminoso en la oscuridad del llano. Entonces se le ocurrió la locura de que tal vez pudiese unirse á aquella luz protectora, mantenerse dentro de su radio, siguióla corriendo. Lanzóse en pos de ella con verdadera rabia; pero sus piernas, que con el descanso se habían entumido más todavía, del mismo modo que la luz hacía que sus ojos viesan menos en la oscuridad, se negaron á prestarle sus servicios.

A los pocos pasos tuvo que detenerse; quiso echar á correr otra vez, y acabó por caer abatido, presa de una crisis, derramando un torrente de lágrimas, mientras que el carruaje hospitalario continuaba tranquilamente su marcha, sin sospechar que dejaba detrás de sí una desesperación tan profunda y tan completa.

Allí quedó tendido á un lado de la carretera. Hace frío, la tierra está húmeda. ¡ No importa! El cansancio puede más que nada. En rededor suyo siente la inmensidad de los campos. El viento tiene esa respiración lar-

ga, con la cual recorre los grandes espacios, lo mismo en el mar que en la tierra, y poco á poco los soplos del llano, el roce de las hierbas unas con otras, los crujidos de las hojas confundidas en un inmenso balance de suspiros y de sonidos, envuelven al niño, lo mecen, lo tranquilizan y lo duermen profundamente.

Un ruido espantoso lo despierta sobresaltado. ¿ Qué es esto ahora? Apenas abrió los ojos Jack, vió á pocos metros de él pasar una cosa monstruosa, terrible, una bestia que rugía y silbaba, con dos enormes ojos abombados y sanguinolentos, y grandes anillos negros que se desenroscaban haciendo saltar chispas.

El monstruo iba dejando en la oscuridad como la cola de un inmenso cometa, cuyo rayo hendiera el espacio con estrépito formidable. Por donde pasaba desgarrábanse las tinieblas, dejando ver un grupo de árboles, un matorral; la oscuridad renace poco á poco, y sólo cuando la aparición está ya lejos, cuando ya no se ve de ella más que una pequeña luz verde, es cuando el niño echa de ver que acaba de pasar por allí un tren expreso.

¿ Qué hora es? ¿ Dónde está? ¿ Cuánto tiempo ha dormido? No lo sabe; pero aquel sueño le ha hecho daño. Ha despertado transido de frío, con los miembros rígidos, con el corazón metido en un puño: ha soñado con Madú. . . . .

Como la humedad del suelo se le metía en los huesos, Jack ha soñado que estaba enterrado en el cementerio, al lado del reyecito. Tirita todavía como si sintiera el frío de aquella tierra: un frío pesado, sin aire. Ve la cara de Madú y siente aquel cuerpecillo yerto como si estuviera pegado al suyo. Para huir de la obsesión, se le-



vanta; pero por el suelo de la carretera, seco y endurecido por el viento de la noche, sus pasos retumban tanto, que le parecen dobles, como si sintiera los pasos de otro que lo siguiese. Madú caminaba detrás de él.

Y empieza de nuevo á correr como un loco.

Jack corre sin dirección en medio de la obscuridad y del silencio. Atraviesa un pueblecillo, en el cual todo duerme; pasa por debajo de un campanario, que le tira á la cabeza las pesadas y vibrantes notas de sus campanadas. Dan las dos. Otro pueblo: son las tres. Jack sigue. La tierra le da vueltas. Si se detuviera, temería volver á su pesadilla, aquella horrible pesadilla que el movimiento de la carrera comienza á disipar.

De cuando en cuando se cruza con carros, cubiertos de grandes toldos; vehículos sonámbulos, en los cuales todo duerme, los caballos y el conductor.

El niño, sin fuerzas ya, pregunta:

—¿Estoy muy lejos de Etiolles?

Un gruñido sordo le contesta.

Pero pronto otro viajero va á ponerse en camino con él por el campo, un viajero cuya aparición es anunciada por el canto de los gallos y el de las ranas que hay á la orilla del río. Es el día; el día, que vaga bajo las nubes, como si estuviera indeciso y no supiera aún el camino que iba á tomar. El niño lo adivina en torno suyo y comparte con toda la naturaleza ese ansioso esperar al nuevo día.

De pronto, enfrente de él, en la dirección de ese pueblo de Etiolles, donde le han dicho que está su madre, precisamente sobre ese horizonte, el cielo se abre, se desgarrá. Primero es una línea luminosa, una palidez esparcida alrededor de la obscuridad, sin el más pe-

queño rayo. Esa línea se agranda poco á poco, con ese movimiento de la llama incierta que busca aire para ayudarse á subir.

Jack camina hacia la claridad; camina con una especie de delirio que decupla sus fuerzas. Cierta cosa le advierte que su madre está allí, y allí también el término de aquella noche horrorosa.

Ahora todo el fondo del cielo está abierto. Parece un ojo grande claro, bañado de lágrimas, que miraba al niño con dulzura y cariño. “¡Allá voy, allá voy!” está tentado por contestar á aquel llamamiento luminoso y bendito. La carretera que blanquea ya no le da miedo. En primer lugar, es una carretera sin fosos, por la cual parece que no debían de ir más que lujosos carruajes. A un lado y otro, bañadas con el rocío del alba, suntuosas propiedades presentan sus jardines ya floridos, sus veredas, donde se van refugiando las tinieblas, resbalando por la arena.

Entre las casitas blancas y las vallas de espalderas, se ven viñedos, verdes pendientes que bajan hacia un río, que también va saliendo de la obscuridad.

Y la luz del día, que se agranda, que se acerca.

¡Oh! Date prisa por lucir, aurora maternal; vierte un poco de calor y de esperanza y de fuerza al niño extenuado que corre tendiéndote los brazos.

—¿Estoy muy lejos de Etiolles? pregunta Jack á unos trabajadores que pasan, con el saco al hombro, en grupos silenciosos, y medio dormidos todavía.

—No, no está lejos de Etiolles; no tiene más que seguir el bosque, “todo derecho.”

El bosque despierta en aquel momento. Todo el inmenso telón verde, extendido á ese lado del camino, se



estremece. Todo se vuelven pidos, arrullos, gorgoros que van y vienen desde las ramas de los arbustillos á las de las centenarias encinas. Las ramas rozan unas con otras, se doblan bajo el peso de aleteos precipitados, y mientras lo que queda de sombra en el aire se va evaporando, mientras los pájaros nocturnos, de vuelo silencioso y pesado, se dirigen á sus escondites misteriosos, una alondra sube del llano, otra, con las alas abiertas, se eleva con vibraciones sonoras, trazando ese primer surco invisible en que se juntan los buenos días de verano, la gran tranquilidad del cielo y todos los ruidos activos de la tierra.

El niño ya no anda, se arrastra. Una vieja harapienta, con mala cara, pasa conduciendo una cabra. Vuelve á preguntar otra vez:

—¿Estoy lejos de Etiolles?

La vieja lo mira con aire feroz, y le señala una vereda pedregosa que sube, estrecha y empinada, por el borde del bosque. A pesar de su cansancio, continúa sin detenerse. Ya el sol casi caliente; el alba de poco antes, se ha convertido en un hogar de rayos resplandecientes. Jack comprende que se acerca. Anda encorvado, vacilante, tropezando con las piedras que ruedan á sus pies; pero anda.

En fin, en lo alto, se ve un campanario que se levanta por encima de techos agrupados. Vamos, otro esfuerzo. Es preciso llegar hasta allí. Pero las fuerzas le faltan.

Caer, se levanta, vuelve á caer, y á través de sus pupilas que se agitan, entrevé muy cerca de él una casita con muchas parras y muchas flores y muchos rosales trepadores que casi la envuelven y suben hasta llegar

á su palomar y á su torrecilla de ladrillos colorados. Encima de la puerta, entre la flotante sombra de las lilas ya floridas, se ve una inscripción en letras doradas:

“Parva domus, magna quies.”

¡Oh! ¡Qué casa tan bonita, tan tranquila, tan bañada de dorada luz! Todo está aún cerrado, y sin embargo, no duermen, porque se oye una voz de mujer, fresca y alegre, que empieza á entonar precisamente aquella canción.....

¡Aquella voz, aquella canción!..... ¡Jack cree estar soñando! Pero se abren las dos hojas de una persia-



na, y una mujer aparece, blanca, con su traje de mañana, con el cabello retorcido sobre la nuca y los ojos aún medio dormidos.

—¡Mamá!..... ¡Mamá!..... llama Jack con voz débil.



La mujer deja de cantar, sorprendida; mira, busca, entornando los ojos, porque la molesta el sol naciente; luego, de pronto, ve aquella pobrecita criatura cansada, llena de barro, desgarrada, expirante. Lanza un grito:—¡Jack!

En un instante se encuentra á su lado, y con todo el calor de su corazón de madre, calienta al niño medio muerto de miedo, de angustia, de todo el frío y de todas las sombras de la última noche.



Jack, dijo para concluir. . . . la vida no es una novela.